

Postales asturianas

Rodolfo De La Riva Cachay

1. Carnaval

El día recién comienza y Ella se despabila en la cama con una sensación a vidrios rotos en el paladar. Pedazos grandes y amorfos ondulaban por su boca como un puñado de balsas en una laguna. Aunque no quiera percatarse, está siendo guiada por una fuerza intempesitiva que se acerca a manera de temblor. Ella se levanta somnolienta para asomarse por la ventana disimulando interés: El Carnaval Asturiano estremece las calles en lejanía. Afuera, los transeúntes y sus sombras se dejan llevar por la mezcla de colores que se trazan en la vereda. Ella las sigue semidormida.

Su cuerpo está frío y pesado aún, camina con pasos bruscos, como luchando entre la decisión de irse o quedarse. Se perciben ladridos tecnicolores, se escurren por los muros aldaños hasta alcanzarla; lentamente se despellejan a su paso las paredes de la ciudad gris, entretanto una brocha gigante (pero casi imperceptible) inunda las bocacalles. Ella se adentra sin cuidado, hasta lograr alcanzar a la multitud estridente. De pronto, la brocha intenta pintarla desprevenida, pero lo impide con un forcejeo débil. Sabe que no tiene cómo resistirse, por eso solo se detienen unos segundos. Uno, dos... tres. El Carnaval Asturiano le cubre el cuerpo entero.

Tambores, sonajas y quiquiriquíes de gallos se lanzan alegres contra su pecho. Se recrea el desfile, se apuran a bailar todos los seres humanos: mueven sus regordetas caderas y aletean para recibirla; Ella empieza a sentir un calor húmedo dentro de la boca que la excita locamente. La ciudad asturiana se empieza a

sobreponer a la ciudad gris (todo indica que la vencerá por *Knock-out*). A medida que se entremezcla en la multitud, se desvanece a los antiguos habitantes, para que salten de las sombras los asturianos.

Los asturianos la levantan en brazos y gritan cánticos exóticos. Ella los repite apasionada. De pronto hierve su boca. Los vidrios en el paladar se evaporan, su cuerpo deja de ser frío y pesado en ese instante... Culmina el rito de despabilamiento, la brocha gigante se retira de su pecho deslizándose, mojando a los nuevos somnolientos que andan por la calle. Asturias se levanta a darles la bienvenida a todos. Advirtiéndolo antes, que los corazones tristes y furiosos yacerán escurridos en el drenaje de la ciudad.

2. Amor asturiano

Para Andrea

En la mañana, mientras tomaba su café con tostadas francesas preparadas por su amada, Rodolfo se acerca a la vieja radiola de su sala y sintoniza una emisora al azar; “[...] el clima en Asturias muestra un friaje nunca antes visto en la historia con lluvias torrenciales, las ondas electromagnéticas que arremeten contra los edificios crean pequeños torbellinos que están rondando por las zonas más transitadas de la ciudad, y ya se ha confirmado la muerte de por lo menos doce asturianos por neumonía, blablablá”. Su amada, atenta, salta por encima de la mesa y pateo el aparato hasta silenciarlo, justo en el momento cuando Rodolfo comenzaba a temblar por mirar a través de la ventana. Ella lo tranquiliza



repetiéndole canciones al oído, pidiéndole que cierre los ojos y que la estruje contra su pecho. Lo hace, y las respiraciones se empiezan unir lentamente. Afuera no paran de sonar estruendos terroríficos, gritos de gente, saqueos, asesinatos, como lluvia que golpea la cabeza de todos, lluvia de fuego, de ácido, de lágrimas, de blablablá, pero en la sala de ese edificio asturiano, las dos personas que moraban ahí, tenían un paraguas especial para el apocalipsis que se avecinaba. Un amor cálido que no aparecía en las noticias, pero que se percibía al cerrar los ojos.

3. Los globos

Logra estirar su mano dentro de la multitud aturdida, saludando erguido, atento, regalando burbujas de látex a los niños que cruzan la calle. Estos, sin cuidado, los sueltan para ovacionarlo excitadamente, pero él espera inmóvil. Aún no es el momento preciso para empezar su espectáculo. Las madres todavía leen el periódico de ayer, los viejos toman

el lonche y la policía juega al póker. Da la impresión de que nada pasaría esta tarde de jueves en el parque principal de Asturias. Hasta que los globos de colores que iban flotando rechazados entre las nubes se empiezan a derretir arriba, en la estratósfera, y suena el PLOFF en la esquina de mi casa. La multitud del parque se detiene perpleja a observar el cuadro. El cielo multicolor que se ha creado por un reflejo extraño, producto del contraste entre el atardecer asturiano y los globos derretidos que se elevaban al cielo. Yo cojo mis lentes de lectura del escritorio y salgo rápidamente de la casa a ver el espectáculo con mis dos hijos; el payaso estará en la entrada del parque, seguramente, rotando el mismo sombrero viejo que usa desde hace dos mil años, rogando que aún haya dinero para seguir comprando globos, algo preocupado, pero radiante de vernos.

4. Mar

Hay gente que ha muerto sin ver el mar, sin saber lo que es chapotear en la orilla o hacer

castillos de arena húmeda. Aquí, en Asturias por ejemplo, el mar sobrevuela en los techos de calamina en las habitaciones de los pequeños; y cuando ellos duermen, les salpican gotitas de agua salada en los pómulos; entonces ellos saltan de sus sueños y corren emocionadísimos a contárselos a sus padres en plena madrugada. Pero no les creen. Cuando estas cosas pasan, los niños, furiosos, mandan cartas de adopción al extranjero, a San Petersburgo, a Lisboa, a Guayaquil, a cualquier lugar donde las cosas no estén siempre al revés, y el mar sea conocido por todos. Pero por la misma ley natural de reversibilidad de las cosas en Asturias, las cartas se remiten a sus propios padres, y no a la de los posibles padres adoptivos del extranjero. Allí es cuando, totalmente frustrados y con la cabeza gacha, se echan al suelo pataleando el asfalto y, entre sollozos, lanzan la afirmación categórica "¡Voy a morir sin ver el mar!". Hasta que sin darse cuenta ya tienen la edad de sus padres.

5. El fantasma

Hace unos días lo vi pasar por el parque principal de Asturias, saltando con un abrigo de piel y un casquete ruso que le tapaba las orejas. Aún tenía los ojos vacíos, como si no le quedaran lágrimas para brotar en este mundo, y de tanto soportar se le habían perforado dos orificios en el rostro. Me pidió un cigarro al cruzar por mi banca. Se lo di, y mientras se lo prendía le dije confundido, pero algo emocionado: "Maestro, ¿por qué se fue así? ¿Por qué tan joven?", él se quedó en silencio mirándome, encogiendo los ojos

vacios y desconfiados, desviándose hacia un lado por el vodka, pero saltando en la ruta como antes; avanzando, ahora exhalando humo por la nariz y refunfuñando al cielo por no brotar más vodka. Intenté perseguirlo por un momento, pero recordé que el maestro se había disparado el balazo hacía ya varios años, y todavía no le perdonaba a la vida los constantes desplantes que le hizo de joven enamorado. Ahí advertí que desde el horizonte se asomaba un ascensor al cielo aún abierto, donde un asturiano regordete con túnica y alas, permanecía inerte esperando que ingrese el alma del maestro. Solo que él, desconfiado y ebrio, prefería dar vueltas alrededor.

6. Arco iris

Un tendedero semidormido cuelga desde la ventana última del último edificio de Asturias, en el preciso instante en que la llovizna empieza. En estas ocasiones, los asturianos suelen repetir, en suerte de viejo dicho: Dios nos mea encima; pero lo cierto es que, con lluvia o urea celestial sobre ellos, la ropa tendida en los altos de la ciudad se jode igual.

Hay un grupo de niñas, rubias y aturdidas, debajo de los edificios, en el único parquecito de esa zona. Suelen jugar, pero ahora están llorando exageradamente. Esperan para que culmine la lluvia, pero les parece una eternidad *ufff*, y NO, no quieren arriesgarse a pescar una enfermedad por jugar bajo orina. Así que solo les queda llorar en coro, mientras la ropa del tendedero hierve arriba.

La mamá de Abdul, que estaba en el preciso momento para recoger la ropa, refunfuña al vacío cielo asturiano. Su labor doméstica se complica por percances climáticos, eventualidad que solo podría ser culpa de alguien... y dice sacando la cabeza por la ventana, para sí misma: "Otro punto menos para mí, y uno más para ti", como si sumara una línea más a la estrepitosa victoria que Dios le tenía desde ya hace muchos años.

Abdul, su visionario pequeñín, al ver esta situación baja apresurado las escaleras del edificio, cruza por el jardín donde las niñas rubias y aturcidas siguen llorando bajo la lluvia, al azar coge a una de la cintura y la lleva con engaños a los suburbios, a la primera puerta del primer edificio en el territorio asturiano. Le cuelga un cartel impermeable en el cuello que dice en crayón naranja "Bienvenidos al hermosísimo y calidísimo pueblo de Asturias, donde el clima siempre es buenísimo".

Ahora un arcángel o santo se percataría, y tendría la obligación moral de informarle a su superior que lo más probable sería que esté meando en un inodoro astronómico (acaso metafísico), hablarle con algo de incomodidad y pudor desde el umbral del baño, advirtiéndole con muecas raras que apunte a otro lugar, aconsejando con sutileza infantil el apuntar un lugar donde los asturianos pequeñines no reclamen climas buenísimos en carteles naranjas.

Dios no puede decirle que no a los niños, afirma el pequeñín aireado, mientras regresa corriendo donde su madre para esperar juntos el arco iris.

7. Sueño

Ella se recuesta en el sofá. Busca un refugio al trajín diario de vivir en la ciudad asturiana. Se rasca la nariz, se frota las yemas y cierra los ojos. Sueña que acomoda su almohada, que cierra la boca para dejar de roncar, pero no puede, ya está dormida. Un hilo transparente empieza a descoserse de su dentadura, por donde se filtra ligera una nueva Ella desde su boca abierta. Un nuevo personaje humeante y pálido se sobrepone por encima del sofá. Se eleva pausada traspasando el techo de la casa hacia el cielo panorámico de su ciudad.

Cruza del cielo al espacio. Donde los astros transitan a la altura de sus manos como en un banquete infinito de planetas. Luego, franquea por constelaciones, viendo todo el universo a una progresión minimalista, como si frente a su nariz, un carnaval de escarcha visto desde el cielo se sobrepusiese al vacío. Hasta que se recrea un silencio salvaje que detiene la marcha de golpe. Deja de alejarse. Entonces, una sensación de curioso inconformismo la invade y piensa: "¿Habría algún Dios, encontrado aquí? ¿Habría algún Dios, encontrado en alguna parte?". Nadie le refuta en la frívola vastedad del universo ficcional que tiene enfrente, ahora, estático como una maqueta o una hoja de libro.

Para reforzar su conjetura, y sin ningún criterio especial, decide estirar sus manos hacia las dos esquinas izquierdas del plano. Y con un movimiento agresivo dobla el encuadre hasta crear un cuadernillo plano, el cual tiene la cara frontal totalmente blanca (como

la parte inferior del universo) y el resto de hojas con un fondo estrellado oscuro. "Ves que soy al menos el único Dios de todo esto", se ríe para sí misma. Pareciese que se lo está diciendo al universo vuelto papel (o en todo caso a los asturianos que habitan allí).

Es solo un papel sencillo y corto, con millones de paisajes estelares casi imperceptibles, víctima de la vanidad infantil del personaje. Ahora, por ejemplo, ha cogido un lapicero

negro, y en la carátula que se acaba de crear como contratapa empieza a garabatear líneas. Escribir unos cuentos sobre una ciudad sobrepuesta con la nuestra. Una historia de ficción a la inversa del universo. Traza cada letra con mucha seguridad, olvidando que en algún momento el bullicio de su madre al bañarse, un timbre incesante, o los mismos rayos de alborada que se filtran por la ventana hasta el sofá, descuartizarán cada línea escrita.

